

católica. Refiriéndose a mi padre, dijo Pacho: «Cómo me duele no haberle seguido el consejo de respetar la reputación del prójimo, con la palabra y con la pluma!» Recuerdo que mi madre le respondió: «Nunca es tarde para enmendarse.»

En su última enfermedad, que pasó cariñosamente atendido en casa de una respetable familia, pariente suya, cuando ya no pudo salir de su alcoba, pero aún no estaba reducido a cama, hizo llamar al Padre Teóduo Vargas, jesuita, con quien simpatizaba por la comunidad de aficiones liferarias y se confesó detenidamente. Al otro día recibió los últimos sacramentos. Rafael lo visitaba a menudo, como sacerdote y como amigo, y lo acompañó en sus postreros instantes.

Muchos de los compañeros de Pacho en los días felices de otro tiempo brillaron por su ausencia.

Mánda a tu amigo afectísimo y seguro servidor,

IGNACIO CARRASQUILLA

UN CEMENTERIO DE INSECTOS

A Emilia.

Voy a conducirte, mi dulce amiga, a un lugar desconocido, limitado, pero lleno de belleza y atractivo: es un cementerio poblado de cadáveres insepultos, sin fosas, sin túmulos, y en que los muertos parecen sumergidos en un sueño de ventura y de delicias.

Nada de flores, ni de cipreces, ni de laureles; nada de cruces ni de inscripciones; ni cantos, ni ruidos, ni lágrimas, ni sollozos. En este lugar los cadáveres son incorruptibles y sonríen cubiertos de mantos luminosos que los rayos del sol acarician. El sepulturero no está

obligado a cavar la tierra para esconder los despojos de la muerte; ni la vanidad ha tenido que esculpir el mármol para conservar la memoria de seres amados, ni la campana funeral toca la última hora de agonía, primera de la eternidad.

La mortaja de estos seres es el mismo velo de nupcias con que ellos vinieron al mundo, cuando al soplo del amor, la savia alimentó sus corazones, el deseo brilló en sus ojos, y en pos de la dicha vagaron por los valles y por los collados, y por los ríos y por los bosques, y saludaron al sol naciente, y aspiraron el aura perfumada con que los invitaron las flores del desierto.

Posáronse sobre la maleza húmeda y sobre el cedro encanecido por los siglos, bebieron nectar, fertilizaron las flores, y artistas u obreros de Dios, trabajaron para el hombre. Volaban alegres llenando el aire con sus murmullos, y del valle a la colina, de la cima al precipicio, condujeron sus linternas, estrellas de los bosques. Tuvieron por patria el océano aéreo; por piloto la luz; y en su vida de amor, edificaron púrpura y seda, laca, cera, y miel. Volaban, y cuando ufanos de su belleza y poderío enamoraban al sol y cantaban a la libertad, tropezaron con el hombre, que esclavo de sus pasiones, los hizo prisioneros y los encadenó a un potro de tormento.

Al instante principió a agotarse la savia que los nutría, el aire que ellos agitaban; sintieron paralizada el ala, inmóvil el cuerpo, y contemplando en su agonía la naturaleza fecunda murieron de sed y de hambre, de cansancio y de fatiga.

Abre, niña, la puerta de ese cementerio que te envió, y encontrarás a sus moradores tendidos, mudos, insensibles, pero ataviados todavía con los colores de iris con que ellos saludaron la vida y el amor.

¡Qué contraste entre este cementerio que cautiva el alma enamorada, y ese otro cementerio en que los despojos de la carne tienen que esconders en bajo la tierra, para no ahuyentar la humanidad dolorida!... ¿Por qué la mujer que tiene del ángel el pudor, del cielo la belleza, y que es diosa por la abnegación y el sacrificio, tiene que sufrir esta ley terrible al descender a la tumba? ¡Qué abismo entre el velo de nupcias con que, recatada, tímida, pudorosa, se presenta un día ante el altar como un ángel del cielo, y esa mortaja blanca con que más tarde marcha al sepulcro corrompiendo a su paso el aire que antes perfumaba!...

No así el insecto que nace rico de colores y de armonías, y que descende a la tierra envuelto en su velo de piedras preciosas que reciben los besos del sol.

Y sin embargo la mujer y el insecto son hermanos; como el insecto, ella viene al mundo en su crisálida de seda y oro, que es la infancia. Inconstante, atolondrada, impaciente, vaga más tarde como el insecto: es la libertad que la estimula, la emoción que la agobia, el deseo que la precipita al través de los floridos días de su juventud. Sin saber cómo, llega en una mañana a posarse sobre la rama del árbol que cautiva sus miradas, y una fuerza misteriosa la detiene... ha sentido el amor, no el amor locura, inconstante y fugaz como la luz, sino el amor apacible, sublime, hijo del sentimiento y de la fe: es el insecto que ha dejado la vida de nómada para continuar en la vida de artista, y el arte es la vida en la historia de la mujer.

Como el insecto, ella ama entonces la naturaleza y la familia: es la abeja del hogar.

Perezosa y activa, sufrida e intolerante, generosa y egoísta, frágil y fuerte, terrible, sublime, angelical, apaga a cada instante la antorcha de sus deseos, de sus vanidades, de sus esperanzas y sueños, mas es para

fundirla de nuevo y encenderla al fuego de su casto amor y marchar triunfante al sacrificio.

Es entonces previsora como la hormiga, artista como la abeja, constante como el bombix, perspicaz como la araña, y aun picante y cruel, en su defensa, como la avispa. Llorar, reír, gime, sufre, teme y espera, recorre toda la escala de sus deseos; pero siempre digna y altiva, contemplando la naturaleza, que es su trono; la luz, que es el espejo de su alma; la abnegación, que es su gran virtud, y el amor, que la hermana con los ángeles.

Sí, el insecto y la mujer son hermanos. El uno abandona su crisálida al nacer, y sigue las evoluciones de la luz y del aire, siempre bello, sublime, armonioso, para continuar después viviendo en la muerte, en su tumba de cristal. La otra sufre su metamorfosis, no en la cuna sino en el ataúd. Al cerrar sus párpados, al marchitarse la rosa de sus mejillas, deja al fango su crisálida corpórea, para emprender ufana y radiante como ser alado, su vuelo aéreo, al través de los espacios, en solicitud del país de los ángeles.

Cuentan, Emilia, que en ese país de los ángeles está el lugar en donde se realiza la ESPERANZA.

ARISTIDES ROJAS

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador señor doctor LUIS ENRIQUE FORERO, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

